

critura, la obediencia interior y exterior a Dios y a la Iglesia, la frecuentación devota de las funciones litúrgicas, la oración, el sentido de lo sagrado, y la veneración creyente del misterio divino.

La edición ha sido realizada por un equipo de traductores, dirigido por Pierre Gauthier, profesor de teología y destacado newmaniano. El texto presenta una notable homogeneidad y la traducción refleja con acierto no solo el original sino las peculiaridades del estilo de Newman.

J. Morales

John Henry NEWMAN, *La fe y la razón*, («Ensayos», 73), Encuentro, Madrid 1993, 411 pp., 15 x 23.

Los quince Sermones contenidos en este volumen fueron predicados por Newman ante la Universidad de Oxford entre 1826 y 1843. Los sermones universitarios eran pronunciados en ocasiones solemnes y oficiales de la Universidad. Corrían a cargo de profesores designados al efecto, y tenían un carácter académico y marcadamente intelectual, que los distinguía de otras piezas homiléticas directamente pastorales.

Aunque Newman pronunció estos sermones en ocasiones diversas y los comenzó sin haber abandonado todavía sus convicciones calvinistas, los quince textos muestran una admirable unidad, porque se detecta en todos el hilo conductor del tema que expresa con gran acierto el título elegido para este volumen: «La fe y la razón».

Puede decirse que las relaciones entre la razón y la fe es un asunto central en la entera obra newmaniana, presente ya en sus primeros escritos de 1826 en adelante y desarrollado de modo siste-

mático en la Gramática del Asentimiento de 1870. Fiel a la mejor tradición cristiana, que ha sabido manifestarse siempre acogedora hacia la razón humana, Newman replantea y resuelve en el siglo XIX el gran tema del conocimiento religioso, y argumenta lúcidamente el principio de que la no-evidencia de la fe cristiana no implica sentimentalismo y mucho menos irracionalidad. La armonía entre fe y razón exige resistir tanto las usurpaciones de la razón como las concepciones no-cognoscitivas de la fe. El creyente tiene siempre razones para creer, aunque no siempre sea capaz de formularlas discursivamente; y la fe implica verdadero conocimiento, lo cual permite en todo momento considerarla razonable sin detrimento de su carácter sobrenatural. La fe supone para Newman un don divino gratuito, pero representa a la vez un aspecto de la vida total de la inteligencia.

Desde marzo de 1831 hasta diciembre de 1832 —vísperas de su viaje a Italia— Newman predicó siete sermones universitarios, que, unidos a dos sermones de 1826 y 1830, forman el ciclo primero de sus intervenciones como predicador ante la Universidad. Son un esbozo de doctrina sobre el conocimiento religioso, y anuncian una temática que caracterizará la tarea expositiva y apologética de su autor acerca de la enseñanza revelada y los fundamentos de la existencia creyente.

El segundo ciclo de sermones —Epifanía de 1839 a febrero de 1843— se ocupará básicamente del mismo asunto, pero en este grupo de textos resaltan monográficamente dos grandes temas teológicos: la conexión profunda entre conocimiento y amor en la vida del creyente, y la peculiaridad de la doctrina cristiana que permite a ésta desarrollarse sin alterar o mudar su carácter perenne. Ambos asuntos reaparecerán con un tratamiento amplio y sistemático en

el Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana (1845; 3ª ed. 1878) y en la Gramática del Asentimiento (1870).

De este futuro libro dijo Newman en enero de 1860: «Si escribo una nueva obra, versará sobre la prueba popular, práctica y personal del Cristianismo, es decir, una prueba que contrasta con la puramente científica. El libro intentará mostrar que un individuo creyente determinado, inteligente o sencillo, posee tanta certeza acerca de su fe como un teólogo culto que puede aducir demostraciones especulativas» (Cfr. *Letters XIX*, 294).

Los Sermones universitarios llevan en su conjunto la huella inconfundible de la personalidad religiosa de Newman, la misma que se refleja, por ejemplo, en los Sermones pastorales, la Idea de la Universidad y la Apología pro Vita Sua, del año 1864. El lector es introducido en el núcleo del Cristianismo, que viene aquí determinado por la conciencia del mundo invisible y la veneración del misterio trascendente. Lo objetivo y lo subjetivo dejan de ser polos llamados a entrar en conflicto. El horizonte del misterio cristiano, que no es creación de la subjetividad creyente, confiere fundamento, sentido y dirección a la religiosidad individual, que permanece receptiva y libre en su propio ámbito de experiencia. El creyente es un ser abierto a lo absoluto. Su vida espiritual, al igual que su conciencia, no posee luz propia. La recibe de lo alto.

Newman afirma en todo momento la objetividad de Dios y del misterio divino. Cuestiona, sin embargo, el objetivismo frío de un conocimiento religioso sin imitación, de una justificación externa del pecado sin santificación del pecador, de una doctrina de salvación por la gracia sin penitencia ni arrepentimiento, de un acercamiento desenvuelto a Dios sin sobrecogimiento religioso.

En estos sermones late la convicción, que se hace explícita en el sermón

titulado «El testimonio personal, medio de propagar la Verdad», que la verdad y el bien no han prevalecido en el mundo a la manera de un sistema pensado al detalle y mantenido por la inercia de una vez para siempre. Tampoco se han impuesto principalmente por medio de textos escritos, discusiones y argumentos intelectuales. La Verdad se abre paso entre los seres humanos a través de la influencia moral de otros hombres, que no han sido únicamente sus anunciadores, sino sobre todo sus vivos y tangibles ejemplos. La Verdad ha vencido y vence, en definitiva, mediante la santidad convertida en imagen personal y entrega sincera a Dios. Es difícil exagerar la autoridad moral que un solo individuo acostumbrado a practicar lo que enseña puede adquirir en el círculo de personas donde se mueve.

Son esgrimidos así contra el mundo sus propias armas. Dice Newman: «Si su éxito radica muchas veces en la simple audacia con la que afirma que lo malo es bueno, también de este modo —mediante la réplica de una vida abnegada y una decidida profesión de la verdad— podemos inculcar en el ánimo de los hombres que la obediencia religiosa no es impracticable, y que la Escritura habla persuasión. Un mártir o un confesor constituyen un hecho, que es un testimonio en sí mismo. Y al desarbolar las teorías de la sabiduría humana, invade la seguridad y el retiro donde los hombres mundanos imaginan haberse protegido del pensamiento de la religión» (*Sermón VII*, 185).

El incuestionable papel de la razón en la vida creyente tal como Newman lo establece no debe hacernos olvidar que nuestro autor concede primacía a la conciencia y a la recta intención de la persona, a la hora de encontrar la Verdad religiosa. Es bien conocida y muy actual su enseñanza sobre los presupuestos éticos de la creencia y su con-

vicción de que los principales obstáculos que la fe suele encontrar en un hombre no son intelectuales sino de carácter moral. «Considero que el repudio del Cristianismo nace de una falta del corazón, más que del intelecto. En el fondo de la incredulidad hay un desagrado respecto a las palabras y verdades de la S. Escritura... Una persona que ama el pecado no quiere que el Evangelio sea verdadero». En este punto al menos, Newman no era ciertamente socrático. Pensaba que una cosa es el saber y otra muy distinta la virtud, y que la mera ignorancia no es la causa última por la que los hombres no se acercan más a Cristo y a la fe cristiana.

Introducción, traducción y notas de esta edición son obra del oratoriano catalán Aurelio Boix, que ha realizado un excelente trabajo. Después de justificar la elección de estos Sermones entre los muchos escritos de Newman que podrían haber sido traducidos al español con preferencia sobre otros, el Padre Boix explica el sentido de los Sermones universitarios dentro del conjunto de la producción teológica newmaniana, y suministra datos útiles acerca de la vida y actividad de Newman.

J. Morales

Adolfo GONZÁLEZ MONTES, *Pasión de Verdad. Newman*, («Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis», 17), Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1992, 212 pp., 14 x 12.

Las conferencias presentadas en el curso sobre Newman, organizado en El Escorial por la Universidad Complutense en agosto de 1990, se han reunido en este volumen, que forma parte de la Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis.

El curso se desarrolló bajo la dirección del Prof. Adolfo González Montes y reunió a un nutrido grupo de especialistas newmanianos, entre los que sobresalen, junto al autor de estas líneas, los profesores Arnaldo Cardoso, Ian Ker, Katherine Tillman y Antonio Jiménez.

Las ponencias se distribuyen en dos secciones, a saber, «El hombre que fue Newman» y «La trayectoria de su obra». La lectura de estos textos, que se ocupan de todos los grandes temas que han hecho decisivo el pensamiento de Newman para la Iglesia y la teología cristiana, muestra bien a las claras la fecundidad del gran autor inglés, e ilustra el alto grado de desarrollo y profundidad que los estudios newmanianos han alcanzado en nuestro país.

J. Morales

Charles S. DESSAIN, *Présence de Newman*, ed. du Cerf, Paris 1993, 202 pp., 14 x 20.

Este volumen contiene las conferencias espirituales preparadas por el autor como contenido de un retiro dirigido a los Oratorianos franceses, y que no llegó a pronunciar. Charles S. Dessain falleció en mayo de 1976, pocos meses antes de las fechas previstas para el retiro.

Los textos ingleses originales fueron publicados en 1977, y constituyen una excelente introducción a la espiritualidad de Newman, si bien no puede decirse, ni mucho menos, que representen una versión suficiente de esa espiritualidad.

Las seis conferencias se ocupan de «la búsqueda de la Verdad», «la influencia personal», «el Cristo escondido», «la presencia interior del Espíritu», «los